

Comer solo en un restaurante junto a la carretera de Inca. Muchas comidas familiares, como si celebraran Fin de Año con un día de retraso. A mi lado, una familia de Palma con niños pequeños que van y vienen por el comedor llorando y peleándose. En medio, una gran chimenea con parrilla para asar la carne. Cuando los niños se acercan al fuego, una mujer se levanta y los llama al orden. Los niños dicen: «¡Abuela, abuela!». La mujer, ufana, vuelve a la mesa con una fila de nietos detrás. Entonces la reconozco. Era una de las fijaciones eróticas de una época de mi adolescencia, en la calle Rubí de Palma. Ahora abuela; años atrás —veinte quizás— iba y venía por la calle, sin nietos. Jamás me miró a la cara ni supo de mi existencia. Llevaba el pelo cortado *à la garçon*, caminaba con diligencia, movía el cuello como un ave larga y esbelta. Tenía un culo pequeño, estrecho y consistente. Nunca la vi con su marido. Sus amigas eran un poco como ella, pero a mí solo me atraía aquel cuello de pelusa de melocotón, los párpados oscu-

ros, aquel paso inflexible, un punto exótico, que la hacían única para un adolescente que, veinte años después, reconocía a la abuela con grandes bolsas bajo los ojos, un michelín de carne sobrepasando la cintura de los pantalones; la clueca de la tribu que recoge a los niños cuando se acercan demasiado al peligro. Veinte años antes, cada vértebra, cada palmo de aquel cuerpo había sobrevivido a los estragos de mi imaginación púber, al maquinalismo de la soledad sexual y a la podredumbre triste de los amores imposibles.

Cómo le cuesta morir al adolescente que siempre seremos, tan difícil se le hace a la madurez transitar de cada fin de año a una nueva rutina, un orden, la fortaleza. Cuando acaba el año, por una inexorable ley, debemos meter los brazos hasta los codos en el cieno de la vida indigna, sediciosa, epilodal. Después rehacemos el camino hasta que podemos volver a decir: «Qué ocaso tan feliz» o «No todas las circunstancias nos derrotan». El tiempo empieza de nuevo, intercambiamos prisioneros con la vida.

Cada época de la vida tiene un perfume, un mal propio, unido a sus miedos y asimetrías. De los años cincuenta, olor a tiza de escuela, mal del primer amor no correspondido; de los sesenta, perfume de puta a cien y la cama, el mal de la revolución sin sentido; de los años setenta, primer hálito corrupto del mundo exterior, mal de escribir; inicios de los ochenta, paladar de vino blanco, pecados de orgullo intelectual.

Reconstruir lealtades, con los padres muertos, con la fe.

Las juergas de Fin de Año, pasada la aglomeración de la culpa, se convierten en un anecdotario algo repetitivo: excesos, copas, fiestas con sorpresa, obligaciones familiares que aceptamos entre dos grandes resacas. De repente, descubrimos que alguien, habitualmente pacífico, es un fanático de la catástrofe, y otro que llevaba una vida matemática se muestra como un puro sentimental.

Semiburgués de isla sin burguesía en la medida que tiene buen sentido del confort, pero definitivamente nuevo rico. Es de esos hombres que aciertan con las corbatas, pero no sabes si se las eligió un sastre. El contacto lo hace el notario L. Quiere ser coleccionista de pintura, una manera de tener gente cenando en casa. Dice «pobema» y le parece demasiado antigua — «muerta» — la pintura «impersionista». Listísimo. Sabe el nombre de dos pintores actuales, jóvenes, informalistas y salvajes. Habla de comprar un X, del precio de un Y. Es que los cuadros basta con colgarlos y los libros se tienen que leer. Pero el personaje da para mucho más. «No me malinterpretéis. Sois... tú notario... tú periodista... pues eso... economía de servicios. Yo solo creo en la economía industrial. El resto es morralla, quiero decir.» Por lo que sabemos, es propietario y director de una red clandestina de talleres de zapatos y ha tenido éxito comercial con un modelo de botas tejanas a buen precio. A lo mejor es ya un magnate postindustrial. ¿Por qué razón un genio de la economía sumergida debería respetar a un notario? «El “pobema” es que estamos haciendo el tonto. Mallorca debería llegar a un acuerdo con Madrid. Defensa y cuatro cosas más. Todos los símbolos que queráis. Para el resto, leyes propias, sistema

fiscal propio, todo particular.» Hace un gesto amplio, como de conquistador. «Sin Estado siempre nos ha ido bien.» Sí, antes vivíamos en la autarquía rural y ahora conviene el autismo fiscal. He aquí a un milhombres muy representativo. Un industrial postindustrial. Sería injusto con los contrabandistas buscarle el precedente del contrabando. De regreso, el notario L. dice: «Vaya, ¡qué “impersionista”!». Entre otras cosas, lo que pasa es que L. ha ido reuniendo una colección magnífica de pintura paisajística mallorquina.

A todos los efectos, conviene más que nunca dejar de hacer el ridículo.

De buena mañana, iniciado ya el nuevo año, ante la máquina de escribir, la Brother 9300. Antes, el despunte del día con la pequeña felicidad de una buena deposición intestinal, un acto de conciencia corporal, la predisposición de enfrentarse al nuevo día, olvido de la ganga del ayer, la resurrección de los muertos, la vida soportable, amén.

Gigantes de barra de bar. Si te sientas al fondo, en días de bullicio, puedes observar la hilera de personajes apoyados a la barra, de espaldas a los que entran. De repente, con un movimiento muy rápido, una pierna sale entre las demás y le hace la zancadilla a alguien que pasa. El afectado tropieza, incluso podría partirse una ceja si se diera de bruces con una mesa. Generalmente recupera el equilibrio, mira hacia atrás y no ve nada. Son circunstancias que provocan gran desconfianza hacia el resto, son cosas que te dejan con cara de bobo

en un mundo de hostilidad insospechada. Miradlos, mirad a los gigantes de la barra. Ni se han inmutado. Quienquiera que fuese ha recogido la pierna y la ha colocado en el reposapiés, entre colillas y arrugadas servilletas de papel. ¡Menuda selva de bar! ¿Y por qué? ¿Qué tipo de satisfacción, si no es la maldad raquítica y pura, puede inspirar al gigante de la barra? Si te sientas al fondo del bar, tal vez puedas identificar a alguno. Suelen apoyarse en la barra y, justo después de hacer la zancadilla, levantan ligeramente los hombros, como el atleta que saca pecho.

Barcelona. Entrego al editor de Quaderns Crema un libro de poemas, *L'estiu madur*. Nieva. Voy a un programa de radio, RNE, y cuando salgo, de madrugada, camino por la nieve hasta el hotel. Una Barcelona de sorpresas infantiles, suspendida en un instante ahistórico, igual que el tópico del pisapapeles con nieve.

La ventaja de no haber sido sartriano es contrastable, si bien no conviene regodearse. Profesor de liceo, acompañaba a sus alumnos a las casas de putas. Nunca se hizo responsable de todas esas irresponsabilidades, de haber engañado y de una estafa histórica tan grande. Su vida privada rebosa de malignidad. Su literatura delata la grafomanía sostenida por todo tipo de drogas hasta lo ininteligible. Su prosa llega a la atrofia conceptual, el sofisma permanente. Filósofo profesional acientífico justo cuando el pensamiento no existe ya sin ciencia. Quiere volver a la revolución cuando en realidad le toca jubilarse. En todo momento, mentor de terroristas.

Bar Niza de Palma. Conversación con un viejo conocido, de esos que no sabes si son realmente amigos. Tiene tantos libros por escribir, tantas obras maestras en la cabeza —y todavía no ha escrito una sola línea—, que puede menospreciar todos aquellos libros que escriban los demás, incluso los grandes maestros. Te escucha con una conmiseración infinita: entonces te enoja todavía más no saber callar, cederle todo el terreno a fin de que pueda expandir su futura obra completa. El mundo temblará cuando él empiece a escribir, ya lo tiene todo en la cabeza, solo necesitaría eso, encerrarse en casa, ponerse a trabajar, escribir. Verdaderamente, la literatura puede ser una enfermedad.

Es una sombra bizantina de nuestro tiempo el hecho de que a menudo sea necesaria la guerra para defender la vida. La vida contra el mundo, contra la idea de hacer el bien poniéndole límites a la vida.

Un almuerzo cara a cara. Nunca nos hemos entendido. En la ciudad donde lo sabemos todo de todos, alguna vez hemos hablado mal el uno del otro. No sé cómo hacerle ver que no soy su competidor, que me interesan otras cosas. Él está tan convencido de que competimos profesionalmente que esta vez opta por los agasajos de baja intensidad, método básico de manipulación. Y yo, como no me fío, respondo igual, de manera que nos hemos pasado la comida esparciendo incienso. Tiene una inteligencia histórica, un poco presumida. Nos despedimos absolutamente convencidos de que ambos somos malas personas.

La culpa por no haber querido lo suficiente a mi madre aparece de vez en cuando como un pólipo maligno del alma. No le supe agradecer bastante la vida, ni tanta bondad que en ocasiones confundí injustamente con un exceso de ingenuidad. Ella nació para hacer el bien, y aunque la esencia de su bondad era natural, era a la vez la educación acertada que había recibido, y puede que por eso de adolescente yo no supiera aceptar aquella pura y amorosa conformidad con la vida. Ella no cuestionaba nada. Estaba en el mundo para dar, para hacer el bien. Yo no lo entendí hasta que la vi camino de la muerte, en la clínica. Son voces que el adiós a la infancia y el paso de los años no consiguen acallar: «¡Estamos aquí, estamos aquí!», dicen, y son el panadero, la carbonera, el conductor de tranvías, el quiosquero, el mecánico de bicicletas, el basurero, el albañil de la casa de enfrente, el niño enfermo del tercer piso. Me irritaba que mi madre hablara siempre de las mismas nimiedades: eran sus cosas y las de todo el mundo. Quien creía obligado y superior hablar de cosas raras era yo. Un prejuicio precoz de intelectual, en el peor de los sentidos. Mi padre tuvo siempre la ilusión de comer bien. Le gustaba hablar de la comida y a la vez no podía permitirse los hábitos del gourmet. Cocina casera, la cocina de la tierra, la cocina del momento: la cocina del calendario litúrgico. Decidir cada año dónde compraríamos la garrafa de vino o cuál era el mejor aceite implicaba afables consultas a los amigos, dilectas deliberaciones. El pan, que si la panadería de aquí era mejor que la de allá, etc. En verano le gustaba complicar las cosas y convencer a vecinos y amigos para compartir un camión de melones de Vilafranca. Y mi madre siempre inten-

taba satisfacerle. El pequeño lujo de comer las primeras habas, de tener en la mesa las primeras cerezas, de hacer *crepells* y *rubiols* en Semana Santa. Cocinaba bien, y cuando teníamos servicio procuraba que fueran buenas cocineras. Controlaba la cocina, siempre atenta a que mi padre estuviera satisfecho cuando nos comíamos unos salmonetes fritos, unas sopas mallorquinas, el guisado de carne, escudella fresca, *pancuit*, grasera de huevos, cocas de *trempó*, *tumbet*, cebollas rellenas, tordos con col, guisado de albóndigas, una tortilla de espárragos, el hinojo marino con vinagre, las aceitunas *trencades*, los rabanitos. Aunque lo hiciera quejándome, me gustaba acompañarla al Mercat de l'Olivar y me quedaba ensimismado con las pescaderas que les quitaban las escamas y pregonaban que estaba bien fresco — «*Peix que bota, reineta meva!*» — la mercancía cada día esparcida con el orden de un museo vivo sobre la sal y el hielo que se fundía e iba a parar a los pequeños canales del mercado hasta que, en uno de sus extremos, hombres con botas de agua amontonaban los restos de una pequeña ciudad que al mediodía se quedaba inmóvil hasta primera hora del día siguiente. El carnicero afilando los cuchillos y las pirámides de hortalizas y fruta tenían un toque de realidad tan llamativa que forzosamente también debía de ser un mundo de pasiones y colisiones humanas. A la hora de comer, si mi padre consideraba que el melón era un rábano, mi madre decía: «Ya se lo haré saber mañana. Me ha dicho: “*Reina meva, està a punt*”. Y me ha vendido esto, un... rábano. Se lo diré mañana». Incapaz de entender cosas tan elementales cuando me creía capaz de entender cuestiones complejas, yo lo veía todo como una costumbre, una sumisión.